

¡NO SEAS UNA MUJER CONTROLADORA!

*Siete mujeres de la Biblia
te enseñan a rendir
el control a Dios*

SHANNON POPKIN



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Control Girl: Lessons on Surrendering Your Burden of Control from Seven Women in the Bible*, © 2017 por Shannon Popkin y publicado por Kregel Publications, una división de Kregel Inc., 2450 Oak Industrial Dr. NE, Grand Rapids, MI 49505, U.S.A. Todos los derechos reservados. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *¡No seas una mujer controladora!* © 2019 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NTV» ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5878-1 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6771-4 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7592-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 28 27 26 25 24 23 22 21 20 19

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Para Ken...
quien me inspira a convertirme en una
mujer semejante a Cristo

Contenido

<i>Reconocimientos</i>	9
<i>Introducción: Mi final “feliz”</i>	11
1 El camino de una mujer controladora • 17	
<i>Lección 1: Un camino trillado</i>	18
<i>Lección 2: Bajo la ira y la ansiedad</i>	23
<i>Lección 3: ¿Hacia dónde me lleva este camino?</i>	28
2 Eva: Me pareció que era bueno • 34	
<i>Lección 1: Es como mirar un eclipse</i>	34
<i>Lección 2: Cuando pateamos una puerta cerrada</i>	39
<i>Lección 3: Juego de roles</i>	43
<i>Lección 4: La maldición del deseo</i>	48
3 Sara: Tengo que hacer algo • 54	
<i>Lección 1: Cuando la mano de Dios cierra la puerta</i>	54
<i>Lección 2: La voz de Dios en lugar de la mía</i>	58
<i>Lección 3: No hay peor cosa que una mujer despechada</i>	63
<i>Lección 4: Nunca seremos demasiado viejas para ser hermosas</i>	68
<i>Lección 5: Una amenaza a la familia</i>	72
4 Agar: Fuera de su control • 78	
<i>Lección 1: La Cenicienta egipcia</i>	78
<i>Lección 2: Dos preguntas reflexivas</i>	83
<i>Lección 3: Mil obstáculos</i>	87
<i>Lección 4: Una madre a cierta distancia</i>	92
<i>Lección 5: Ojos abiertos</i>	96
5 Rebeca: La que se puso en lugar de Dios • 101	
<i>Lección 1: Dios escribe una historia de amor</i>	101
<i>Lección 2: Cuando alguien se aleja</i>	106
<i>Lección 3: Las diferencias pueden ser un elemento de división o de unión</i>	111
<i>Lección 4: Cuatro maneras de arrepentirse del deseo de controlar</i>	114
<i>Lección 5: Ponerse de parte de Dios, no en lugar de Dios</i>	120

6	Lea: Invisible y menospreciada • 126	
	<i>Lección 1: Una novia invisible</i>	126
	<i>Lección 2: Una novia sin velo</i>	131
	<i>Lección 3: Antes de poder rendir el control a Dios</i>	136
7	Raquel: Cuando ella tiene más que yo • 142	
	<i>Lección 1: Exigencias familiares</i>	142
	<i>Lección 2: En comparación con ella</i>	148
	<i>Lección 3: Madres sedientas</i>	153
	<i>Lección 4: Un libro grande de tapa dura</i>	156
8	Miriam: La líder • 161	
	<i>Lección 1: Dotada para ser líder</i>	161
	<i>Lección 2: En el liderazgo</i>	165
	<i>Lección 3: Liderazgo compartido</i>	170
	<i>Lección 4: La sanidad de una mujer controladora</i>	174
9	De mujer controladora a mujer semejante a Cristo • 179	
	<i>Lección 1: Revierte la maldición</i>	180
	<i>Lección 2: Domina tu lengua</i>	184
	<i>Lección 3: Deja de usar tu bolígrafo rojo</i>	188
	<i>Lección 4: No traspases los límites</i>	192
	<i>Lección 5: Sé respetuosamente suya</i>	196
	 <i>Guía para líderes de grupo</i>	 203
	<i>Acercas de la autora</i>	253

Reconocimientos



KEN: GRACIAS por amarme, guiarme y permitirme dar un mensaje. Eres la tinta en mi pluma. Lindsay, Cole y Cade: mis dulces hijos, los amo inmensamente. Gracias por tener un amor que siempre espera y persevera, incluso cuando no estoy en mi mejor momento (pero chicos, ¡ustedes saben que me ponen peor cuando cantan la canción de *Mujer controladora!*). Que siempre puedan buscar a Jesús en todas sus necesidades. Mis padres: estoy muy orgullosa de ustedes. Papá: eres el padre que toda mujer quisiera tener. Mamá: tu generosa manera de servir, dar y amar me inspira a ser una mujer fiel a Jesús.

Chris y Jamie Brauns: la amistad de ustedes es un regalo. Chris: tienes el mérito de ser el primero en descubrir la mujer controladora que había en mí mientras tomábamos una taza de café. Gracias por inspirarme a escribir y dedicarme tiempo durante tantos años. Jamie: gracias por ayudarme a aclarar mi vida mientras clasifico la ropa para lavar. Este libro, en gran parte, es un resumen de nuestras conversaciones. Jackie VanDyke: desde el autobús escolar de la escuela secundaria hasta las caminatas y las sesiones en las cintas de correr, estamos juntas en este viaje. Tu aporte sobre lo que dice la Biblia y sobre cómo vivir su mensaje es un hermoso regalo para mí. Angela Gebhard: gracias por amar a mi familia y a mí. Tu amor por Jesús hace que desee amarlo más. Mis momentos favoritos contigo son aquellos cuando lloramos. Cindy Bultema: tu ánimo alegre es contagioso. Gracias por tomarme bajo tu tutela e inspirarme a seguir adelante. Del y Deb Fehsenfeld: Dios me ha bendecido en gran manera con sus palabras de aliento y orientación literaria a lo largo de los años.

Y a las “Prayeriors”, poderosas mujeres de oración (más un par de hombres), mis compañeros de lucha: mamá y papá, Ken, Karen G., tía Jo, Jamie, Cindy, Jackie V., Angela, Renee, Ingrid, Michelle L., Darcie,

Dawn, Deb S., Marie, Missy, Jessica, Deb F., Cheryl, Stacy, Lori, Mara, Nicole, Kristi, Beth, Brenda, Hilma, Sue, Wendi, Tabby, Brie, Lindsay, Hannah, Sarah, Renell, Jackie S., Amy, Jocelyn, Michelle G., Ruth, Carrie y Lisa, ¡gracias! Sus fieles oraciones y palabras de aliento hicieron más que reforzar mi armadura.

Jeff Manion, Dan Wright y Marie Mossner: gracias por su ministerio en nuestra iglesia y por invertir tiempo en mí personalmente. Gracias a mi agente, Karen Neumair, por ver el potencial y alentarme en cada paso del sinuoso camino. Estoy muy agradecida por Credo y por ti. Y me siento muy honrada de trabajar con la maravillosa gente de Kregel Publications. Janyre: no solo tengo la bendición de que hayas editado mi trabajo, sino de haber ganado una querida amiga en el proceso. Sarah, Micah, Katherine y Noelle: estoy muy agradecida por su profundo conocimiento y amable ayuda. Además, agradezco el aporte y los consejos de mis amigas escritoras y conferenciantes, Paula Marsteller, Erin Davis, Alice Daniels, Rachel Norton, Susie Finkbeiner y Susan Tebos. Gracias a aquellos que me contaron sus historias y participaron en mis foros. Ustedes saben quiénes son.

Y, sobre todo, gracias a Jesús, cuyo amor me ha lavado y cuyo Espíritu lanza sus flechas y me impulsa a seguir adelante con alegría.

Mi esperanza es agradarte.

Introducción

Mi final “feliz”

 MI ESPOSO me hacía bromas de que solo le debía dedicar este libro a él, porque como él decía: “Sin mí todavía estarías yendo por la vida pensando que eras una mujer agradable”.

Tiene razón. Antes de casarme, no me daba cuenta de que era una mujer controladora, quizás porque podía controlar casi todo en mi pequeña vida. Todos los días llegaba a casa después de dar clases a alumnos de segundo grado y tomaba una siesta. Alrededor de las seis de la tarde, me dirigía a la cocina para hacer una cena ligera y luego me preparaba para salir. Era una líder juvenil, asistía a estudios bíblicos, me encontraba con amigas para tomar café. Me gustaba estar con otras personas, y eso hacía... constantemente.

Luego conocí a Ken. Cuando comenzamos a salir, yo programaba nuestros fines de semana repletos de compromisos sociales. Sin embargo, después de unos meses a ese ritmo, mi novio “no tan social” me dijo que ya se había cansado.

¿Cansado? Nunca había *oído* que alguien se cansara de socializar. Yo sacrificaba horas de sueño, ahorros, tiempo con Dios, lo que fuera necesario para socializar. Si había personas reunidas, quería estar entre ellas. Y ahora quería que Ken también estuviera entre ellas; pero eso no era lo que él quería.

Me propuso salir solo una tarde por fin de semana, lo cual era mi primera experiencia de ceder el control. Sin embargo, como aún estaba enamorada y emocionada, no fue difícil negarme a mí misma, y con gusto accedí a pasar más tardes en casa que fuera.

Cuando nos casamos, fue más difícil. Ya no podía dormir la siesta después de la escuela y aun así debía tener la cena lista. Y sin mis

siestas, estaba demasiado cansada para quedarme hasta tarde con mis amistades. De repente, empecé a perder el control, y no me gustó. Ken, quien una vez me había llenado de alegría, ahora me llenaba de enojo. Siempre le decía: “Era tan alegre y divertida antes de conocerte”.

Un viernes por la noche, en las primeras etapas de nuestro matrimonio, una joven pareja del vecindario nos invitó a cenar. Estaba ilusionada, segura de que iban a ser nuestros nuevos mejores amigos. Ken no estaba tan ilusionado. No solo era menos social que yo, sino que además estaba agotado. Ken es un hombre dinámico y emprendedor, que se levanta a las cuatro y media de la mañana, y cuando llega el viernes por la noche, no le queda tanta energía.

Después de una cena encantadora con nuestros vecinos, nos invitaron a sentarnos en la sala de estar. Nuestra conversación se desarrollaba muy bien hasta que noté que Ken no hablaba mucho. Eché una mirada hacia el piso donde se había sentado para acariciar al perro, y noté que su mano estaba inerte sobre el lomo del animal. Su cabeza estaba inclinada en un ángulo curioso. *Oh no —pensé—. ¡Se quedó dormido!*

Desde donde los vecinos estaban sentados, no podían ver la cara de Ken, así que crucé los dedos con la esperanza de que pensarán que estaba mirando a su perro de manera curiosa. Traté de hablar más rápido y en un tono más animado para mantener su atención, pero luego alguien hizo una pregunta a Ken.

Le di un ligero puntapié, y levantó la cabeza de manera intempestiva. Hizo algunos comentarios incoherentes y poco claros. Me sentí avergonzada.

Los vecinos se rieron de buena manera y dijeron: “Debes estar agotado”. Así que aquella hermosa noche, con estas personas que ahora *no* serían nuestros nuevos mejores amigos, se vio interrumpida bruscamente. Nos acompañaron hasta la puerta, y luego caminamos por la acera hacia nuestra casa.

En ese trayecto de aproximadamente cinco viviendas, saqué todo lo que tenía dentro: “¡Increíble! ¡Me has humillado! ¡De ahora en adelante, señor, te tomarás un café antes de ir a alguna parte! Proferí esas palabras en la oscuridad moviendo mis brazos con indignación. Mi esposo iba detrás, sin decir una palabra.

Es uno de esos momentos desagradables como mujer controladora que desearía poder olvidar.

¿PUEDO CONTROLAR MI FINAL FELIZ?

No fue hasta años después —con el agregado de niños, perros, una casa, empleos y responsabilidades en nuestras vidas— que me di cuenta de que tenía problemas de control. En lugar de quedar aplastados bajo el caos de la vida familiar, mis deseos de tener el control crecieron.

Hoy día, no solo me siento responsable de cosas como mantener despierto a mi marido en las cenas, sino que también tengo el deseo urgente de evitar que el flequillo de mi hija le caiga en la cara. Una absoluta necesidad de mantener las sábanas libres de migas. Una intensa pasión por evitar que los calcetines se acumulen debajo del sofá, que no pisen con los zapatos la alfombra y que no se escarben la nariz en la iglesia. ¡Sin mencionar las cosas importantes que me gustaría controlar!

Ahora bien, no quiero exasperar a nadie. En realidad solo quiero que todo salga bien. Solo controlo, porque me preocupo mucho. Cuanto más intervengo, más reprimo a la persona que amo o más medidas drásticas tomo para obtener algún resultado sin el que no puedo vivir. Las cosas que trato de controlar en el momento casi siempre están relacionadas con el final feliz que imaginé en mi cabeza.

Si bien puede parecer que estoy obsesionada con lo superficial, mi corazón se proyecta hacia algo mucho más profundo. *¿Qué pasa si le hacen burla por escarbarse la nariz?* —me preocupo—. *¿Qué pasa si nunca aprende a ser responsable?* *¿En qué redundará todo esto?* Cuando tomo el control, solo trato de quitar los obstáculos y despejar el camino hacia mi final feliz.

Sin embargo, esto es lo irónico. Aunque me he apresurado a controlar cientos de comportamientos y situaciones, nunca he podido salvaguardar mi vida del dolor. Y al tomar el control, en realidad he provocado angustia a las personas que amo, en lugar de evitar que sufran. Al tratar de controlar todo, he generado conflictos y desdicha en la vida de todos, incluso en mi propia vida. Sin querer, he saboteado mi propio final feliz.

¿Puedes identificarte? ¿Estás buscando tu propia versión de un final feliz? ¿Piensas en el futuro y luego tomas el control porque estás convencida de que depende de ti hacer que las cosas salgan bien? Si es así, ¿cuál ha sido el resultado? ¿Has podido asegurarte algún final feliz perfecto?

Yo tampoco.

Esto es lo que estoy descubriendo: el final feliz que imagino en mi cabeza es una ilusión. Es imposible, porque, para poder provocarlo, tendría que vivir la vida miserable y aterradora de tratar de controlar todo y mantener todo en orden. Esto redundaría más en un final infeliz, por no mencionar todos los momentos infelices en el camino.

MUJERES CONTROLADORAS DE LA BIBLIA

Mi interés en las mujeres controladoras de la Biblia comenzó con Eva. Estaba pintando el lavadero mientras escuchaba un sermón de John Piper sobre la maldición de Génesis 3 y cómo el “deseo de Eva de enseñorearse de su esposo” en realidad era un deseo de controlar.¹ Con el pincel en la mano, se me ocurrió que sobre mí también, una hija de Eva, recae la maldición del deseo de controlar.

Más tarde, me puse a investigar con curiosidad en las Escrituras para buscar otras hijas de Eva que tuvieran problemas de control. Resulta que es difícil encontrar mujeres de la Biblia que *no fueran* mujeres controladoras. Mientras investigaba, descubrí que Eva, Sara, Agar, Rebeca, Lea, Raquel y Miriam luchaban con la necesidad de tomar el control al igual que yo. Estas mujeres optaron por resolver sus propios problemas, trataron de hacer que todo saliera bien e hicieron a todos desdichados en el proceso.

Algunas de las escenas más famosas de la Biblia están basadas en mujeres controladoras que estaban tratando de defender sus propias preferencias. La Biblia, como recordarás, es la historia de Dios y su pueblo. Sin embargo, estas mujeres creyeron que *ellas* eran el centro de

1. John Piper, “Masculinidad y feminidad: Conflicto y confusión después de la caída” (transcripción del sermón), *Desiring God*, 21 de mayo de 1989, <https://www.desiringgod.org/messages/manhood-and-womanhood-conflict-and-confusion-after-the-fall?lang=es>.

la historia. ¡Qué osadía! ¿Verdad? No obstante, este es mi problema también. Me apropio de la historia que Dios está escribiendo, ignoro sus propósitos superiores y creo que la historia solo se trata de mí y mi final feliz. ¿Hay alguna forma de no repetir la historia?

Te invito a acompañarme en el estudio de estas interesantes mujeres controladoras del pasado. Nos animaremos a trepar las murallas que nos separan de estas mujeres para introducirnos en sus historias antiguas. Extraeremos datos de cada una en busca de advertencias y lecciones para nuestra vida y nuevas revelaciones de Dios.

He dividido cada capítulo en lecciones con un pasaje relacionado de la Biblia para leer primero. Por favor, ¡te ruego que no pases por alto estas lecturas bíblicas! No quiero que te pierdas el poder de la Palabra de Dios que puede desatarse cuando la lees directamente. Notarás que algunos capítulos tienen más lecciones que otros. Eso se debe a que intento que las mujeres de la Biblia lleven adelante nuestro debate, y algunas tienen más que decir que otras. Verás que los capítulos más breves son un buen descanso. Cada lección tiene preguntas al final que te ayudarán a aplicar el contenido a tu vida personal. Espero que uses un cuaderno para anotar tus pensamientos, respuestas y planes. Si lo estudias en grupo, las líderes pueden descargar una guía de estudio gratuita en ShannonPopkin.com (disponible solo en inglés).

A medida que estudiemos juntas, encontrarás una temática constante: la rendición. Las mujeres controladoras de la Biblia encontraron la seguridad, la paz y la alegría que anhelaban solo cuando hicieron lo opuesto a tomar el control: cuando se rindieron a Dios e hicieron de Él el centro de su historia. Lo mismo es para nosotras hoy.

Dios nunca quiso que lleváramos la carga de tratar de controlar todo. Nos diseñó para vivir dócilmente rendidos a Él, con fe en Él cada vez que algo parece amenazar nuestra felicidad futura. A quienes amamos a Dios, nos aguarda un final feliz grandioso. Y si el final de la historia es seguro, podemos volver a cualquier circunstancia inquietante del presente y soltar la carga de querer tomar el control.

La rendición a Dios es lo que nos protege de una vida miserable y aterradora. En lugar de apresurarnos a tomar el control, Jesús nos invita a confesar lo mismo que Él: "No se haga mi voluntad, sino la

tuya” (Lucas 22:42). Jesús nos invita a seguirlo en el camino de la rendición a un lugar donde Dios tiene el control y podemos ser libres. Yo quiero ir a ese lugar. ¿Quién viene conmigo?

Capítulo uno

El camino de una mujer controladora



CUANDO MI hija tenía seis años, nos mudamos a una nueva casa. Ella insistió en ocupar la pequeña habitación con vista al camino de entrada, en lugar de la más grande que daba al bonito patio trasero lleno de árboles. Cuando le pregunté por qué, me respondió que quería ver los camiones recolectores de desechos cuando vinieran a recoger la basura. Años más tarde, preguntó por qué su hermano tenía la “bonita habitación” frente al patio trasero. Me reí y le dije: “¿No te acuerdas, cariño? ¡Querías ver los camiones de la basura!”.

En la vida tomamos muchas decisiones y elegimos cosas en función de lo que estamos esperando. Seguimos un camino y no otro según el objetivo que tenemos en mente. Sin embargo, a menudo somos como una niña de seis años entusiasmada por los camiones de la basura. Nuestra perspectiva está sesgada y nuestros objetivos son poco claros.

¿Qué pasaría si hubiera una Persona que pudiera ver el futuro y supiera de antemano lo que, a la larga, nos hará felices? ¿Y si esa persona pudiera indicarnos qué camino tomar y mostrarnos a dónde nos llevará?

En realidad, hay una Persona. Su nombre es Dios.

Si ignoramos a Dios y tomamos nuestro propio camino, inevitablemente terminaremos en una pila de basura que ha perdido su atractivo. No obstante, si seguimos a Dios y confiamos en su perspectiva eterna, Él nos guiará, finalmente, a una habitación con la vista más fabulosa de la que nuestra mente de seis años podría imaginar.

Lección 1: Un camino trillado

Lee Proverbios 3:1-12

TENGO UN control de videojuego gris en mi sótano que se parece a los demás controles, pero no lo es. No funciona.

Lo compré en una venta de garaje y lo hubiera desechado, a no ser que resolvía un problema realmente grande en nuestra casa. Nuestro hijo menor tenía dos años en ese momento y, cada vez que los niños mayores jugaban a los videojuegos, él subía encima de ellos y hacía lo que podía —los empujaba, los mordía, los rasguñaba— para quitarles el control de las manos; pero el control gris resolvió el problema. Los niños grandes lo sentaban en una silla acolchonada, se lo colocaban entre sus regordetas manos y le decían: “Ahí tienes, amigo. Este es *tu* control”.

Él estaba completamente satisfecho. Presionaba los botones con cada pulgar, convencido de que estaba moviendo a los hombrecitos de la pantalla. No era consciente de que su control no funcionaba y que ni siquiera estaba conectado.

Aunque no uso videojuegos, me parezco mucho a mi hijo, Cade. Mi mirada se centra en las escenas que se juegan en la gran pantalla de la vida, especialmente en las que involucran a personas que amo, y siento como si tuviera el control. Puede que no esté presionando botones reales, pero tengo una fuerte sensación de que estoy definiendo el futuro. De hecho, me siento *responsable* de hacer que todo salga bien. Nuestro final feliz descansa en mis manos.

Por eso me defino como una mujer controladora. *Creo* que tengo el control.

Ahora bien, no *diría* que tengo el control, sino que Dios lo tiene. He leído la Biblia. Conozco la historia del diluvio, la esposa de Lot que se convirtió en estatua de sal y la división del Mar Rojo. Si señalaras una historia de la Biblia y dijeras: “¿Ves? Dios tiene el control”, asentiría con la cabeza. Sí, lo creo. Totalmente.

Entonces, ¿qué hago cuando mi hijo adolescente comienza a salir con alguien que no cuenta con mi aprobación? ¿O cuando mi compañera de trabajo está ocultando información y tomando decisiones sin

tenerme en cuenta? ¿O cuando mi esposo no hace caso de mi preocupación sobre el olor a humedad en el sótano? Con la mirada puesta en el futuro y en lo que puede redundar todo eso, de repente me transformo en... una mujer controladora. Empiezo a hablar con voz más fuerte y firme. Me vuelvo manipuladora y directa. Como una niña que acaba de perder una ronda de videojuegos, voy al frente con mayor firmeza y determinación, convencida de que depende de mí que las cosas estén en orden.

En estos casos, mi comportamiento necesariamente plantea la pregunta: **¿Realmente creo que Dios tiene el control? ¿O, en mi interior, creo que yo lo tengo?**

Además, ¿cuál es la reacción de Dios? ¿Se encoge de hombros ante mi insistencia de que todo depende de mí? Una cosa es dejar que un niño pequeño siga adelante con una falsa impresión; pero ¿y si *soy yo* quien sostiene con manos sudorosas y desesperadas mi ilusión de tener el control? ¿Me deja Dios seguir adelante llena de pánico en mi angustia y frustración mientras Él menea la cabeza con incredulidad?

No. En su bondad, Dios se inclina a mostrarme el cable de mi pequeño control que cuelga desconectado. Suavemente me dice: “¿Ves? Cariño, no estás conectada”. Dios quiere liberarme de esta carga del control, que en principio nunca tendría que haber llevado. *Dios* tiene el control; no yo. Él me invita a vivir como si lo creyera.

Los momentos cuando el cable está colgando desconectado no son más que invitaciones.

Algunas veces Dios usa algo drástico —como un accidente automovilístico, una persistente infertilidad o un tornado— para hacerme ver que no tengo el control. Pero, otras veces, esconde su invitación en algo más pequeño. Como una toalla encontrada en el piso del baño.

UN SURCO EN MI CORAZÓN

Una mañana, di a mi hijo un curso intensivo de normas de comportamiento para el baño. Hacía poco había empezado a ducharse en el baño de visitas, y no quería que los invitados se tropezaran con toallas húmedas y pantalones de jean del día anterior. El entrenamiento fue minucioso. Después de darle algunas instrucciones claras, también

hicimos varios repasos que incluían colgar la toalla y arrojar la ropa al cesto. Me sentí animada con mi estrategia constructiva y estaba segura de que el baño estaría en condiciones para las visitas en todo momento.

Sin embargo, aquella noche, después que todos se fueron a dormir, entré al baño y me detuve en seco. Allí estaba la sudada ropa de fútbol de mi hijo y la toalla húmeda en el pequeño montículo habitual en el piso del baño. No podía creerlo. Me puse de pie frente a la desafiante pila con mis puños cerrados y mi mandíbula apretada pensando en las próximas medidas que tomaría.

Hay un camino invariable, con profundos surcos en mi corazón. Me he arrepentido de haber tomado ese camino muchas veces, pero en ese momento me pareció el indicado. Con una lógica clara y firme, me susurraba: “No te escucha. No sigue tus instrucciones. ¿Qué le va a pasar si no haces nada? Va a fracasar. ¡Tienes que hacer algo! Tienes que hacer algo *ahora*”.

Y entonces emprendí el camino de la mujer controladora.

Llené mis pulmones de aire, exclamé el nombre de mi hijo. Grité una y otra vez hasta que apareció, pestañeando adormecido, desde su habitación. Señalé mi dedo en dirección al montículo sudoroso. Bajó la cabeza y comencé a apalearlo con mis palabras. Repetidamente golpeé su dignidad con mis ojos entrecerrados y mis críticas sarcásticas. No le puse las manos encima, pero su expresión me decía que mis palabras habían estrujado su corazón.

Mientras vociferaba, descarté varios pensamientos fugaces de los que podría arrepentirme más tarde. Me sentí *bien* de reprenderlo. Tenía que aprender a seguir las instrucciones. ¿En qué tipo de estudiante o empleado se convertiría si no escuchaba?

La sensación de poder era embriagadora, y yo quería más. Sentí que estaba ganando control. Sí, estaba haciendo las cosas bien. Yo tenía el control. Ahora el mundo era un lugar mejor porque estaba gobernando sobre las apestosas pilas de ropa que ensuciaban la vida de mi hijo. Yo gobernaría sobre las toallas de mi familia, y todo estaría bien, correcto y en paz.

Sin embargo, treinta minutos después sentía que nada estaba bien. Nada estaba correcto. Y nada estaba en paz. Mi corazón me había engañado. Una vez más, había tomado el camino de la mujer controladora.

Me arrodillé junto a la cama de mi hijo con lágrimas de doloroso arrepentimiento. Aunque aceptó mis disculpas, no pude retractarme de lo que había dicho. No pude borrar la expresión que había reflejado su rostro ante el efecto de mis críticas palabras. Había seguido mis deseos de control, y ¡ay!, a qué lugar tan feo me había llevado.

CUANDO QUIERO TOMAR EL CONTROL

Es difícil para mí exponer esto. Por lo general, me gusta mantener mi mujer controladora interior bien escondida. Mis estrategias para ejercer control normalmente son operativos a puertas cerradas.

Entonces, ¿por qué te estoy permitiendo entrar a esta desagradable escena en mi baño? Lo hago porque, mientras todo el mundo duerme pacíficamente, tal vez no sea la única mujer controladora que aún esté despierta, obsesionada con el futuro de mi hijo o que haga un escándalo por una toalla.

Dado que sé con cuánto celo escondo mi propia agenda, me imagino que también podría haber otras mujeres controladoras con operativos secretos. Tal vez tú y yo tenemos más en común de lo que nos gustaría admitir; pero, aunque prefieras seguir siendo una mujer controladora secreta en lugar de hacerlo público como yo, hay algo que debes saber. Alguien filtró nuestro secreto a la prensa, hace bastante tiempo.

Allá en Génesis 3, después que la primera mujer, Eva, perdió la primera batalla por el control, Dios la expuso públicamente. Le dijo que sobre ella recaería la maldición de un deseo insaciable de tomar el control: forzar las cosas que *le* parezcan buenas y correctas (ya sea el fruto de un árbol o una toalla mojada en el piso) en la vida de sus seres queridos. No solo desearía tener el control, sino que estaría convencida de que *debería* tenerlo. Eva y todas sus hijas serían mujeres controladoras.

¿Cuántas veces he experimentado la maldición de Eva, creyendo que era bueno y correcto tomar el control? El incidente de la toalla es solo una de las muchas cicatrices en mi memoria de las veces que quise tomar el control y lastimé a las personas que amo.

¡En qué versión tan desagradable y fea de mí misma me convierto cuando trato de tomar el control en mis propias manos! No obstante,

a veces las manos de Dios parecen estar muy lejos. Su trono parece estar muy arriba de donde yo estoy reinando sobre el pequeño montón de ropa sucia en el piso. ¿Realmente puedo confiar que Dios se ocupará de mi final feliz? ¿Acaso le importan las cosas que a mí me preocupan?

Desde luego que le importan. De hecho, es *porque* a Dios le importa que se inclina a mostrarme el cable de mi pequeño control que cuelga desconectado.

En su bondad, Dios me hace ver que no tengo el control y me invita personalmente a confiar en Él frente a la toalla tirada en el piso, el final de la historia y todo lo que ocurra en el medio.

Proverbios 3:5-6 indica:

Fíate de Jehová de todo tu corazón,
Y no te apoyes en tu propia prudencia.
Reconócelo en todos tus caminos,
Y él enderezará tus veredas.

Este pasaje me señala en la dirección opuesta al camino de mi mujer controladora. En lugar de permitir que me apresure a tomar el control basada en mi limitada perspectiva, Dios me invita a levantar la vista, rendirme a Él y disfrutar de la realidad de que Él tiene el control, no yo.

Amigas, tomemos un camino diferente, ¿de acuerdo? Soltemos esa ilusión de control que hemos estado sosteniendo fuertemente con nuestras manos sudorosas. Pongamos ese control roto y desconectado en manos de quien verdaderamente tiene el control: Dios.

- ✿ Haz un inventario de tu vida. ¿Estás viviendo como si *tú* *tuvieras* el control o como si lo tuviera Dios? ¿Qué indicios ves?
- ✿ Lee Proverbios 3:5-6 otra vez, y enumera cualquier contraste que veas entre estos versículos y el camino de una mujer controladora. Ora basada en estos versículos por una situación que estás tentada a controlar.
- ✿ Haz una lista de los momentos cuando “el cable de tu control no estaba conectado” y que Dios ha usado para hacerte ver que